

DE
MANICOMIOTierra de nadie
Juan José Millás

Leva razón Feijóo al asegurar que a Rajoy le falta relato. Pero le sobra cuento, una cosa por otra. El relato ha servido para explicar el mundo desde el principio de los tiempos, incluso antes de que se inventara la escritura. La necesidad del relato, que los políticos han descubierto hace cuatro días, es tan antigua como el habla. Era tan necesario que el precio que los seres humanos pagamos por hablar, según algunos científicos, fue la posibilidad de atragantarnos. Tuvimos que hacer cambios, efectivamente, en el aparato fonador y en la garganta para poder narrar a nuestros hijos las historias que forman parte de la tradición oral y gracias a las cuales recibían una información precisa sobre la realidad. A

veces, construían incluso la realidad. Son tan claros esos relatos que todavía hoy alimentan la imaginación de nuestros hijos, al tiempo de alertarles sobre los peligros del mundo. Cuando los comparamos con el cuento, en el mal sentido de la palabra, de Rajoy, nos quedamos espantados.

El Gobierno tiene «cuento» porque no hay forma de construir un relato coherente con los materiales de que dispone. Los presupuestos, por poner un ejemplo. Con los presupuestos se puede construir una novela cuando responden a una lógica interna y no se cambian cada cuatro días. Como a Rajoy se los envían desde Alemania y el pobre no los comprende, en vez de hacer con ellos una narración ordenada, organiza un caos como el que le escuchamos en

la comparecencia del martes. Es posible que se los envíen, además, en mandarín, de ahí la apariencia de cuento chino que tuvo toda su intervención.

La palabra «cuento» está muy devaluada entre nosotros, por eso los libros de relatos se venden tan mal. «Ese es un cuentista», decimos de alguien cuyo discurso es un galimatías dirigido a engañar al personal. Quizá cuando Feijóo dijo que al Gobierno le faltaba relato, Rajoy entendió que le faltaba cuento. ¿Qué tontería, debió de decirse, con lo dotado que estoy yo para el cuento. Y se puso a escribir ese discurso surrealista, en el mal sentido de la palabra surrealista, con el que intentó dar a los españoles la esperanza que él mismo les había arrebatado dos días antes. ¿El resultado? De manicomio.



Punto y aparte

Victoria Camps

CATEDRÁTICA EMÉRITA DE FILOSOFÍA MORAL Y POLÍTICA

TEXTO DE ÁFRICA PRADO FOTO DE PILAR CORTÉS

Premio Nacional de Ensayo 2012, Victoria Camps (Barcelona, 1941) sostiene que el corazón, y no sólo la razón, tiene también su hueco en la ética y lamenta la subordinación de la política a los intereses económicos

«A veces una película nos afecta más éticamente que un tratado»

«El escrache es un ejemplo de que medidas más sensatas, prudentes y dentro de la legalidad han fracasado», asegura

¿España está anestesiada de ética?

■ Somos más conscientes de que la crisis tiene también una parte de culpa ética, no solo económica o política, sino que ha fallado el comportamiento moral de las personas que nos han llevado a la crisis. Por una parte estamos haciendo de la necesidad virtud, porque estamos cambiando de manera de ser y nos

estamos convirtiendo en personas más moderadas porque no hay más remedio, y eso puede ser bueno en el futuro porque puede llegar a cambiar la manera de dirigir este mundo. Por otra, están las clases dirigentes, más responsables de lo que ha ocurrido, que deberían cambiar la forma de regular cosas que no funcionan. Un ejemplo son los paraísos fiscales, mientras eso no des-

aparezca ya podemos hacer apañitos que los especuladores financieros seguirán haciendo lo que quieran.

¿Usted mantiene que los sentimientos son buenos en la ética.

■ Mantengo que los sentimientos no son malos, que es una creencia que el pensamiento moral ha estado alimentando muy inspirado por las religiones, que dicen que las pasiones son negativas, que lo impor-

tante es la razón y que hay que intentar que el sentimiento no tenga ningún papel. Eso no es así, porque la razón sola puede tener muy claro dónde está el bien y el mal, pero si no hay un sentimiento que desea ese bien, o si no se siente indignado por ese mal, la persona no se mueve y el comportamiento moral no sigue a lo que en teoría se reconoce.

¿Puede parecer contradictorio que las emociones gobiernen. A las víctimas de ETA siempre se les desautorizaba para hablar de las políticas antiterroristas.

■ Sí, el problema del sentimiento es que es lo más subjetivo de la persona y puede ser un sentimiento poco analizado o reflexionado. Y el análisis del sentimiento es necesario cuando afecta a otras personas, que es el caso de la política. La política no puede estar gobernada solo por los sentimientos del político de turno. Ahora, eso no quiere decir que el político sea insensible a los sentimientos de los demás, incluso a los propios, lo que pasa es que esos sentimientos hay que analizarlos, ver qué los alimenta y si eso es positivo o negativo. El político tiende a utilizar el discurso del miedo porque es una forma de vender algo más sencillo que un discurso racional, pero el miedo es una forma de manipular al otro. Hay cosas que merecen ser temidas, pero no todas, y eso el político lo debe saber distinguir.

¿Gallardón prima la moral religiosa en su reforma del aborto?

■ Sin duda. Es totalmente ideológico el tema del aborto, tal como se lleva en esa polémica que se produce en todas las sociedades entre una ortodoxia religiosa, que tiene muy claro que el aborto es un crimen, y una sociedad laica, que ve un problema que hay que regular para hacerlo bien. Ahí también se utiliza el sentimiento en el discurso antiabortista, con imágenes, ciertas manifestaciones; ayer el ministro del Interior lo identificó con el terrorismo. Son formas de manipular a las personas apelando a algo que toca más la fibra sentimental que la racional. Todos los sentimientos se pueden utilizar para bien y para mal, todos son ambivalentes. Lo importante, desde la ética, es que en el trasfondo del sentimiento hay unas creencias que hay que analizar y ver si son racionales o irracionales.

¿La falta de ética se asocia a corrupción. ¿La política es la peor parada en este vínculo?

■ Sí, porque tiene más visibilidad que otra cosa, pero no creo que la clase política sea más inmoral que el resto de la sociedad, hay inmoralidades en todas partes y profesiones. Pero el político se debe a la sociedad porque su trabajo es un servicio público y tiene visibilidad, en parte porque se la busca y está expuesto a los medios, y hay que exigirles que sean más ejemplares que al resto de ciudadanos.

¿Los escraches son lógicos al exigir comportamientos éticos?

■ El escrache es un ejemplo de cuando se echa mano de la emoción porque las medidas más prudentes, sensatas y dentro de la legalidad, han fracasado. La gente dice ¿qué más puedo hacer? Es lo mismo pasa con el populismo, aparecen brotes que son pura emoción y eso también hay que analizarlo y ver dónde está el límite. Se puede llegar hasta cierta raya y no traspasarla, pero es difícil decir cuál es esa raya a priori y ahí entra la capacidad de la persona de autorregularse.

¿Usted ha estado en política. ¿Le entristece ver esta imagen tan mala de la política?

■ Entristece, desanima, se pierde todo tipo de confianza en las clases dirigentes y todo es negativo. Cuando falla la política, que es en lo que se debería confiar en primer término para salir de la crisis, y se ve que no da soluciones ni parece que vaya por buen camino, no produce ninguna alegría. Esa subordinación casi total a intereses económicos, y la dificultad de romper esa subordinación, tiene gran parte de culpa. Vuelvo al ejemplo de los paraísos fiscales, nadie se atreve con ellos. Mientras eso no acabe, la especulación financiera sigue y no se puede resolver el déficit de los estados ni externamente se puede romper esa inercia.

¿Impera más la ética en la cultura que en otros campos?

■ Se acerca, en el sentido de que la ética consiste no sólo en tener un conjunto de principios o normas claras, sino en una sensibilidad especial que forma parte de la moral y esa sensibilidad está más cerca de la cultura: se refleja en la literatura, en el arte, en la música. Es lo más específicamente humano, y a veces una película o una obra de arte nos afecta más éticamente que un gran tratado, sabe añadir al discurso la parte de la emoción y nos llega más.